

# Cómo crece el reino

## (Marcos 4.21-34)

### Joe Schubert

Una característica inherente a todos los seres humanos es su curiosidad por los secretos. Basta con que un amigo nos diga: «Te voy a contar un secreto», para que cuente con toda nuestra atención. Nos parece emocionante saber algo que otras personas no saben.

Dios tiene ciertos secretos, y a veces les permite a los Suyos enterarse de ellos. Puede que jamás conozcamos algunos de los secretos de Dios, sin embargo hay otros que Él ha elegido darnos a conocer.

Los secretos de Dios se mencionan varias veces en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, Pablo le dice a la iglesia que estaba en Corinto, en 1<sup>era</sup> Corintios 2.6-7, lo siguiente: «Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen. Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio [...]». En Colosenses 1.26, Pablo habla más extensamente sobre este secreto, al cual la mayoría de las traducciones se refieren como *misterio*. Dice él: «El misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos». En 1<sup>era</sup> Corintios 15, Pablo se refiere a un secreto especial de Dios que tiene que ver con la resurrección:

He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados (vers.<sup>os</sup> 51-52).

Parte del propósito de las parábolas de Jesús fue dar a conocer algunos de los secretos de Dios a Sus discípulos. Cuando los discípulos se acercaron a Jesús en Marcos 4, y le preguntaron por qué les hablaba a ellos por parábolas, Él dijo: «A vosotros

os es dado saber el misterio del reino de Dios; más a los que están fuera, por parábolas todas las cosas» (vers.<sup>o</sup> 11).

Jesús usó parábolas debido fundamentalmente a dos razones. Una parábola daba a entender claramente ciertas verdades a los discípulos de Jesús. En segundo lugar, ella hacía que las mismas verdades se mantuvieran ocultas a los que estaban fuera, a los que se oponían a Su misión y mensaje. Existían ciertas verdades que no eran para ser conocidas ni entendidas por los enemigos de Jesús. Habrían provocado la animosidad de ellos prematuramente, y habrían dado como resultado un fracaso de la misión que Jesús deseaba cumplir sobre la tierra.

Jesús dijo en Marcos 4.11: «Les estoy hablando a ustedes que son Mis discípulos por parábolas, porque por estas parábolas les estoy dando a conocer los secretos del reino de Dios». Esto me produce una gran emoción, porque esto es lo que Jesús en realidad está diciendo: «Los que están fuera no entenderán estas parábolas, y no es mi propósito explicárselas. Pero a ustedes que están dentro, que son mis discípulos, estas parábolas les revelarán los secretos en sí del reino de Dios».

Marcos 4 contiene tres poderosas parábolas, que revelan sendos secretos del reino de Dios. Marcos es el evangelista que menos parábolas de Jesús recoge. De hecho, Marcos recoge solamente cuatro, de las cuales tres se encuentran en este capítulo. Marcos, no obstante, indica que Jesús habló muchas parábolas más. En 4.33-34, dijo: «Con muchas parábolas como estas les hablaba la palabra, conforme a lo que podían oír. Y sin parábolas no les hablaba; aunque a sus discípulos en particular les declaraba todo». Note el énfasis en las explicaciones a los que estaban dentro. Los que estaban fuera no lo entendían. Pero a los que estaban dentro, Jesús les daba a entender

claramente el significado.

Las tres parábolas que Marcos recoge en este capítulo son la parábola del sembrador, la parábola del crecimiento de la semilla y la parábola de la semilla de mostaza. Cada una de éstas revela algo acerca del gobierno de Dios en las vidas humanas. Jesús nos lleva entre bastidores en cada una de ellas y nos muestra algo acerca de la manera como Dios actúa en el mundo. Él nos revela así algunos de los secretos del reino de Dios. No tenemos que adivinar qué secretos son éstos. El tema de cada parábola emerge claramente cuando entendemos lo que Jesús está diciendo. La parábola del sembrador nos dice cómo comienza el reino de Dios en una vida humana. La parábola de la semilla que crece por sí sola nos dice cómo continúa creciendo ese reino en una vida humana. La parábola de la semilla de mostaza habla acerca del gran efecto que el reino de Dios tendrá en el mundo.

### I. LA NECESIDAD DE DAR A CONOCER LA PALABRA (4.21–25)

La transición de la parábola del sembrador a las otras dos parábolas de este capítulo la constituye un breve párrafo en el cual Jesús nos recuerda que los que han recibido la buena semilla en su vida van a desear regalarla. En Marcos 4.21–23, dice Él:

*¿Acaso se trae la luz para ponerla debajo del almud, o debajo de la cama? ¿No es para ponerla en el candelero? Porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de salir a luz. Si alguno tiene oídos para oír, oiga.*

Da a conocer una incisiva e inquietante faceta de la naturaleza de la vida misma en los versículos 24 y 25:

*Mirad lo que oís; porque con la medida con que medís, os será medido, y aun se os añadirá a vosotros los que oís. Porque al que tiene, se le dará; y al que no tiene, aun lo que tiene, se le quitará.*

He aquí la ley del crecimiento espiritual. Los que aprenden bien los secretos de Dios recibirán cada vez mayor conocimiento. A los que tienen, más se les dará. El que es descuidado en la forma como oye, no solamente cesará de aprender, sino que tenderá a olvidar lo que ya ha aprendido. Los que aprenden bien obtendrán cada vez mayor conocimiento, pero los que no aprenden bien, llegarán a estar cada vez más confundidos y serán cada vez más ignorantes. Hemos visto cómo se cumple esta verdad en las vidas de los que nos rodean. Es peligrosísimo oír descuidadamente y

sin hacer caso a las enseñanzas de Jesucristo. El resultado final de tal manera de oír es la confusión y la ignorancia. Es un espantoso juicio el que sobreviene al que oye descuidadamente las palabras de nuestro Señor.

### II. LA SILENCIOSA ACTUACIÓN DE DIOS

Después de que Jesús les advirtió a Sus discípulos que consideraran cuidadosamente lo que oían, pasó a darles a conocer otra parábola del reino, la parábola de la semilla que crece secretamente:

*Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra; y duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. Porque de suyo lleva fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga; y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado (vers.<sup>os</sup> 26–29).*

Esto es lo que Jesús estaba diciendo: «Esta es la forma como el reino de Dios actúa en las vidas humanas. Esta es la forma como el reino de Dios ejerce su influencia en los corazones humanos». Para mí esta es una de las más alentadoras de todas las parábolas que Jesús contó, porque en ella está hablando de la forma como este reino de Dios aumenta y crece en una vida humana. La clave para entender todo el pasaje se encuentra en la segunda parte del versículo 27 y la primera del 28: «Y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. Porque de suyo lleva fruto la tierra».

Cuando Jesús pintó el cuadro, Él se imaginó a un agricultor que sale a sembrar su semilla en la tierra preparada. No es fácil sembrar esa semilla, pero esa es su responsabilidad, y hace así. Después de que su trabajo ha sido hecho, vuelve a casa y se va a dormir. Él no se pasa sentado toda la noche, comiéndose las uñas, preocupándose y preguntándose si la semilla habrá caído donde correspondía, ni si ésta va a crecer o no. Él no se levanta al día siguiente, para ir al campo, a desenterrar una de las semillas, y examinarla para comprobar si ha germinado. Él siembra la semilla y sabe que Dios está actuando. Dios es parte de todo este proceso y Él hará fielmente Su parte a su debido tiempo. Si se ha cultivado como es debido, esa semilla germinará y crecerá. Jesús dice: «Primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga». No es sino hasta que el grano está maduro que el agricultor es llamado a la acción nuevamente. Cuando el grano está maduro, el agricultor sale a segar el cultivo que ha sembrado.

Pablo se refirió a este mismo asunto en

1<sup>era</sup> Corintios 3.9, cuando dijo: «Porque nosotros somos colaboradores de Dios». La totalidad del proceso comienza tal vez con sólo una palabra de enseñanza, aliento o exhortación. Después sigue un tiempo de cultivo, de espera, mientras Dios hace Su obra.

¿Cuánto tiempo tomará? Depende del calendario de Dios. A veces, Su calendario y el nuestro no coinciden. Por lo general, deseamos que las cosas se hagan rápidamente, y tendemos a juzgar el éxito por la rapidez con que algo se logra. Jesús dijo: «Primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga». Es un proceso observable pero lleva su tiempo. Avanza en un campo a un ritmo diferente del que avanza en otro, y también en una persona, a un ritmo diferente del que avanza en otra. Nuestra responsabilidad es plantar esa semilla y creer que en ella hay poder para hacerla crecer por sí sola. Démosle el tiempo que necesita para crecer.

El Señor nos está enseñando a ser pacientes. La palabra está creciendo en secreto. Puede que no sepamos cómo sucede. Puede que no lo entendamos. Jesús está enseñando la gran verdad en el sentido de que Dios está activo en el proceso de conversión. No depende de nosotros. Una vez que hemos hecho lo que se nos ha encargado, hemos de estar tranquilos por el hecho de que Dios actuará. En Corinto, Pablo plantó, Apolos regó, pero fue Dios quien dio el crecimiento (1<sup>era</sup> Corintios 3.6). Este es uno de los secretos del reino de Dios.

### III. EL PEQUEÑO COMIENZO (4.30–32)

Jesús contó otra parábola acerca del reino. Dijo: «Ustedes conocen la semilla de mostaza, que es la más diminuta de todas las semillas. Apenas la pueden ver. Pero si ustedes la plantan y la cuidan, crecerá cada vez más». Tal vez señalando con un gesto una de aquellas gigantescas plantas de mostaza, dijo: «Vean esa planta de mostaza. En eso es lo que una diminuta semilla de mostaza se convertirá cuando crezca». Estaba diciendo: «Esa es la forma como el reino de Dios actúa en las vidas humanas». Tiene un comienzo diminuto. Uno casi no lo ve. Pero esa diminuta y casi invisible semilla crece para convertirse en un árbol de diez metros de alto, que tiene aves en sus ramas y da sombra bajo su copa. Esa es la forma como el reino de Dios actúa en las vidas de las personas. Es un poder que se libera en el mundo y sus comienzos son diminutos. Es una mujer que ha llegado a conocer a Dios, pero no así su esposo. Ella no le predica, ni discute con él todos los domingos por la mañana cuando se levantan. Es sólo el diminuto comienzo

de un dulce y tierno carácter, de una obra de bondad que se hace por ese esposo, o una delicada sonrisa en su rostro. Es un diminuto comienzo. Uno casi no lo percibe. Pero crece cada vez más hasta que el esposo se convierte.

Otra ilustración la constituye una maestra bíblica. Cuando ella se prepara para ir a su clase el domingo por la mañana, está cansada y se pregunta: «¿En qué momento me metí en esto? No puedo comenzar a hacer lo que se supone que debo hacer en esa clase de párvulos. Otra maestra va a tener que encargarse de esta clase». Mientras se dirige a la puerta del aula de los párvulos, se sorprende a sí misma deseando secretamente que la mitad de ellos estén ausentes ese día. Pero cuando llega a la clase, se da cuenta de que todos están presentes, y que además hay diez niños visitando. Sin pensarlo está enseñando a una clase de veintiocho párvulos. Da comienzo. Da comienzo cantándoles: «Cristo me ama, bien lo sé». Después dice: «Niños y niñas, hoy vamos a hablar acerca del amor de Dios». Es un diminuto comienzo. Un comienzo que apenas uno lo percibe. Puede que incluso no lo reconozca, sino hasta que ese niño o niña, años más tarde, se ponga de pie frente a un grupo de personas y diga: «Creo que Jesucristo es el Hijo del Dios viviente. Quiero que Él sea mi Salvador y mi Señor. Quiero ser bautizado en Él hoy». El diminuto comienzo de la semilla de mostaza ha crecido en el corazón.

Puede que usted sea un anciano de la iglesia del Señor, y que durante muchos meses sólo ha estado oyendo críticas. Se deprime. Se desanima. Ha considerado la posibilidad de renunciar y dejarlo todo. Un día una carta llega y es de alguien que dice: «Le doy gracias a Dios que usted sea uno de mis ancianos». Es solamente algo diminuto, y usted apenas lo percibe. Usted tiende a pasarlo por alto. Pero una nueva confianza entra en el corazón de ese anciano y él resuelve nuevamente que va a dirigir valientemente ese grupo de creyentes hacia una dinámica obra para Cristo. Es un muy diminuto comienzo, que sin embargo será muy poderoso con el tiempo.

Esta es la forma como el reino de Dios crece. Lo infinitamente pequeño llega a ser infinitamente grande. Lo dramático surge de lo que no es tan dramático. Jesús dice que aun un vaso de agua dada en Su nombre recibe alabanza. Una palabra de aliento para uno que está desanimado puede dar como resultado que esa persona llegue a ser cristiana con el tiempo. Cuando una madre y un padre se arrodillan a un lado de la cama de sus hijos y oran con ellos noche tras noche, son futuros dirigentes del pueblo de Dios los que se están

produciendo. Un sencillo apretón de manos, una palabra de aliento, una visita amorosa, un sermón, pueden ser cada uno un pequeño comienzo.

Muy a menudo somos víctimas del engaño en el sentido de que para que algo sea importante debe acompañarse siempre de gran ruido. ¿Ha notado esto alguna vez cuando prestaba oído a la televisión? Si no lo ha notado, piense en ello esta semana. Cada vez que pasan un anuncio, el volumen sube. Somos tentados a creer que las buenas nuevas y el ruido son inseparables. Según los criterios humanos, cualquier cosa que comience con importancia debe acompañarse de luces de neón, fuegos artificiales y reflectores.

Cuán diferente es la actuación de Dios. Él actúa de formas casi imperceptibles. Piense en la forma como Él eligió dar comienzo al reino. Lo comenzó, no en uno de los países prominentes e importantes de Su tiempo, sino en un país poco conocido del patio trasero del mundo, llamado Palestina. El Hijo de Dios entró en ese pequeño país y llamó a Sí a un puñado de pescadores, pescadores de manos encallecidas y toscas. Llamó directamente de la calle a un cobrador de impuestos. Llamó a hombres que otros no tocarían porque olían mal. Llamó samaritanos. Llamó a los solitarios, los desanimados y los deprimidos, a los que les parecía que no había posibilidad en el mundo de que sus vidas alguna vez llegaran a ser algo. Con estas personas dio comienzo a Su reino. Fue un diminuto comienzo. Si usted hubiera estado viviendo en Roma en ese tiempo, no habría creído que había sucedido. Si hubiera estado en España sirviendo en las legiones romanas, ni siquiera habría sabido dónde estaba Jerusalén. Un día se propaga la noticia de que los romanos mataron a un hombre en Jerusalén. Era carpintero. No tenía grado académico alguno. No poseía propiedad alguna. No tenía una cuenta bancaria. Jamás se había casado. Era tan sólo un maestro judío itinerante. Fue un diminuto comienzo, casi imperceptible.

Eso se parece a la forma como el reino de Dios actúa en las vidas humanas hoy día. El proceso avanza. El secreto de la vida en el reino de Dios no ha cambiado. La semilla se planta, siempre diminuta; casi imperceptible, y comienza a crecer. El gobierno de Dios, el reino de Dios, poco a poco, gradualmente, comienza a ejercer dominio de los corazones humanos. Todavía está ocurriendo hoy día.

## CONCLUSIÓN

Esta verdad acerca del reino es difícil de creer, pero le digo que es cierta. Es uno de los secretos del reino de Dios, y no muchas personas llegarán a creerlo. Es el gobierno de Dios, el reino de Dios, en su vida. Es Jesús en usted, la esperanza de gloria. Es Jesús perdonando su culpa. Es Jesús convirtiéndose en su amigo. Es Jesús liberándolo a usted de la esclavitud de sí mismo. Es la intervención de Dios, el reino de Dios, el gobierno de Dios, en su vida. Comienza con una sumisión a la voluntad de Dios y crece hasta llegar a ser un gran poder. ■

---

## ILUSTRACIONES

### *La fortaleza del rostro del padre*

Un niño de la escuela dominical le preguntó a su maestra por qué fue que cuando el Señor Jesús vino dos veces a Sus discípulos en el huerto les dijo: «Velad y orad», pero que cuando vino la tercera vez, sólo les dijo: «Dormid ya, y descansad». A la maestra le desconcertó bastante no tener la respuesta, entonces el niño le dijo: «Yo creo que sé por qué. ¡Fue porque Jesús vio el rostro de Su Padre, y ya no tuvo necesidad de la ayuda de ellos!».

### *Mantenga sus ojos en Jesús*

Por cada vez que mire usted hacia adentro, mire detenidamente diez veces a Cristo.

### *La necesidad de ir al grano*

Henry Ward Beecher no pudo decirlo mejor cuando afirmó: «Entre más tiempo vivo, más confianza tengo en los sermones predicados en los cuales la congregación es un único hombre; donde el ministro es un único hombre; y donde no hay duda alguna acerca de quién se está hablando cuando el predicador dice: “El hombre eres tú”».

### *Un embalse de agua dulce*

La iglesia no debe ser un lago de agua estancada, al cual fluye la verdad de Dios de los labios de los apóstoles, los profetas, los evangelistas, los pastores y los maestros. Debe ser un embalse de agua dulce que recibe para también dar a otros.